

La construcción del paisaje preindustrial

Joaquín Ibáñez Montoya

1. Introducción

*La Sagrada Escritura crece con quien la lee.
Ezequiel*

Realizar una evaluación actualizada sobre el inventario construido en los virreinos americanos implica hacerlo, necesariamente, desde una doble mirada: sobre lo observado y sobre el que observa. También, en realidad, sobre sus mutuas interacciones. Se cumple ahora casi un siglo desde que se iniciaran las reflexiones sobre este «paisaje cultural» de tan significativa extensión, cuantitativa y tipológica, en el marco del patrimonio occidental. Muchas y valiosas han sido las voces que se han acercado a él en este tiempo y muchas más las que en estas últimas décadas, progresivamente, han afinado su crítica. El amplio panorama de su singularidad urbana, con sus potentes espacios sagrados y los vacíos de sus plazas, se ha visto así analizado, con diversos motivos, hasta el límite definido por la complejidad de los baluartes que los defendieron. Una suma que, desde su envergadura casi inabarcable, se dilata ahora al situar tal tarea en un campo disciplinar en permanente evolución en la definición de lo patrimonial. Su juicio, un diálogo mudable, perfeccionable, interpretado como una territorialización europea de perfiles propios en su topografía artificial, sometida a la «flecha del tiempo» renueva su condición como proyecto arquitectónico. No tendría aquí mayor sentido describir una vez más la conocida espectacularidad de las fabricas construidas en aquel contexto; hacerlo de un modo acrítico, puramente descriptivo solo sirve a un pensamiento trivial, inútil por tanto. Parece asunto de mayor trascendencia dedicar el esfuerzo a desvelar su lectura capaz de estimular estructuras poéticas; es lo único que justifica, patrimonialmente, volver una vez más sobre ellas. En este punto la Arquitectura es deudora de la Literatura¹. Como bien negociable entre «cazadores» y

¹ Pound, Ezra, El ABC de la literatura. Fuentetaja. Madrid. 2000.

«coleccionistas» es esta apreciación contemporánea, como piezas de la transformación del territorio antropizado, la que centra esta lectura no puede ser ni su posesión ni la obtención de leyes temporales que los relacionaran. No ofrece mayor interés obtener con él representación de pasado alguno sino el descubrir la «verdad» de su memoria como fenómeno actualizado, ampliado, con las distintas situaciones que en su espacio se produjeron y que tienen presencia al mismo tiempo. La Arquitectura es entendida como una espacialización de la Historia.

Estas son las premisas desde las que se compromete este ensayo y las diferentes colaboraciones a las que encabeza en este número. Una reflexión en torno al patrimonio arquitectónico hispanoamericano que hace de la pregunta, de la duda, su hipótesis de trabajo; porque difícilmente es posible asumir, a día de hoy, parámetros semejantes sin ponerlos en cuestión de inmediato ¿Qué sentido tienen, si no, materiales como tales en la ciudad presente sin una revisión adecuada? ¿Cuál es su capacidad de intervenir una vez desnudados de la nostalgia habitual, inoperante por otra parte? ¿Cómo debe manejarlos el profesional presente limitado en su acción por los códigos de conducta de nuestro tiempo? ¿De qué manera puede lo patrimonial ser instrumento de arquitectura en la «sociedad de la información» vigente? Resulta, por tanto, tarea cuanto menos esencial el intentar visualizar, antes de proseguir con mayores disquisiciones, cual puede ser el grado de sensibilidad real con el que estas «fábricas históricas» deben trabajar para que los hombres y mujeres, que habitan el continente americano enfrascados en una lucha cotidiana por disfrutar de unas condiciones de vida más justas y de mayor calidad democrática, lo entiendan como algo pertinente. En el conjunto de naciones que emergieron al sur del río Bravo, hace ya cerca de doscientos años, esta acepción precisa redefinir sus parámetros; con ello también una metodología al margen de entusiasmos para evaluar la actualidad de acciones como las promovidas por el Plan de Patrimonio Cultural de la Agencia Española de Cooperación Internacional. Sobre todo ello, sobre las especificidades de su método² y las dificultades de la gestión presente de esta memoria material, se concentran varias de las colaboraciones posteriores; sus relatos tienen que ver con criterios de sostenibilidad y rentabilidad social coherentes

² *Vela, Fernando, Los estudios preliminares en la restauración del patrimonio arquitectónico. Maira, Madrid 2005.*

con nuestro tiempo. En el extremo opuesto, como objetos, se incorpora esa una mirada nueva demanda en torno a su tratamiento estricto situados como parte de un panorama mestizo al que pertenecen, con sus diversas escalas de repertorio, como un análisis que se inicia en los estratos prehispánicos para alcanzar de un modo u otro plenamente el concepto de «iberoamericano» requerido. Una interpretación que recorre desde diversas secuencias su capacidad de proyectarse en un futuro en el que se hace presente la Historia.

2. Fortificación y patrimonio

*La fábrica, hoy catacumba, se convertirá un día en catedral.
André Malraux.*

Como pensamiento axiomático, la perspectiva del tercer milenio nos permite enfocar pues hechos arquitectónicos como los presentes bajo una novedosa hipótesis preindustrial. En ella, su participación en la formación del espacio se reclama desde una complicidad coherente de «energía» y «naturaleza»; una argumentación que parece apropiada para justificar su estimulante condición preparatoria de la modernidad que exige recurrir a sus argumentos más provocadores, periféricos, a los menos obvios, obviamente más obsoletos [fig. 1]. De la mano de una y de otra el patrimonio iberoamericano, al defender la ciudad de nueva planta, dibujó sobre el mar un verdadero territorio caracterizante de su diálogo arquitectónico y lo hizo desde la fuerza de una imposición que recordaría el papel cumplido por el aire en el vuelo de la paloma de Kant. Su razón de infraestructura lejos de ser vinculada a la seguridad histórica de la «pasa» de las Bahamas, mediante sistemas de construcciones que acabaron, en su límite norte, con los fuertes de San Agustín y San Marcos,—en la actual frontera entre Florida y Georgia—, que endurecieron sus costas en una suerte de «continente de piedra» proyectado contra los vientos y las corrientes locales, permitiría hablar de un sugerente mundo de llenos y vacíos, de un discurso alrededor del «patrimonio del viaje», de un mundo en el que era tan importante lo construido como el vacío que definía a través de las trayectorias y las rutas que enlazaron aquellas molés pétreas; nada hubo más moderno. El movimiento articulado por aquel conjunto construido se apoyó en las turbulencias de un océano que disponía la Naturaleza y que ahora entendemos como una radiografía primaria de su globalización; mani-

festando un verdadero patrimonio cultural sobre la dualidad «energía-naturaleza» manejada, nunca dominada, construyeron un pensamiento proyectado cuya vigencia el huracán Katrina se ha encargado de recordar el pasado verano; incapaz de escapar a los designios de su enunciado se hace todavía presente por encima de poderes omnímodos como el de los Estados Unidos de América.

Sería, pue, un error quedarse en la melancolía romántica de las pieles que envolvieron los muros de aquellas defensas. Por muy espectaculares que fueran, y lo siguan siendo, es su vacío³ como un principio básico de la forma quien reestablece su realidad más atractiva y quien, mediante la acción que la moldea, induce un campo de compromiso –muy actual– entre los movimientos tectónicos y geomorfológicos del lugar a los que el técnico sumó estrategia. Aquel «inteligente en fortificación» redactó una respuesta adecuada; su Naturaleza ya no era un paisaje maravilloso sino un conjunto de leyes rigurosas a descubrir porque «conocer era dominar». El espacio proyectado –el negativo de aquellas violentas estructuras– a través del recintado del exterior extraño –en las palabras del reciente Premio Iberoamericano de Poesía, Juan Gelman–, describió así un pensamiento material capaz de explotar hasta el «límite» lo habitado. Su cultura estableció un puente a lo largo de los siglos de la dominación española en América, entre el medioevo y la Revolución Industrial, en este inventario canónicamente determinado por los baluartes, por las aristas internacionales de su repertorio de «cortinas» y «cuerpos perfectos» que acotaron todo principio de urbanización.

Controlar el seno del Caribe mediante palabras que hoy ya no tienen sentido para nosotros en aquel tránsito hacia la modernidad que caracterizó el territorio iberoamericano, colonizándolo a través de conceptos como «flanqueo» o «línea magistral», definió el modelo de una ciudad analógica que tanto entusiasmará, años después, al pionero Le Corbusier en su eficacia maquinista:» bella como una maquina de guerra»⁴ [fig. 3]. Sus formas proponían una acepción contemporánea abierta y continua, incompleta, en permanente consolidación, en la que su situación exterioridad primigenia que configuraba los recintos. Definidos por la orografía y el océano, muros de escala continental como el construido en la Bocachica de Cartagena de Indias, supusieron para

³ Chang, François, Vacío y plenitud. Siruela, Madrid 2005.

⁴ Gil de Biedma.